

# Bad times for public discourse

LUIS VEGA REÑON

---

## ABSTRACT

I am adapting the famous title of Brecht (1939), "Bad time for poetry", to refer to the growing distortion and disinformation suffered by our public discourse. It matters to know their assumptions and projections if we want to deal with this process of deterioration and, if possible, stop it or even, being more optimistic, revert its course. So, after a brief review of the most well-known variants (hoax, bullshit, fake news, etc.), I will focus on their status as modalities of *post-truth*, i. e. "deliberate distortion of a reality, that manipulates beliefs and opinions in order to influence public opinion and social attitudes" (DLE, 2018), with three purposes: (1) to declare the various reasons (philosophical and ideological, psychological and technological) that underlie post-truth development; (2) denounce its disposition as manipulative, mendacious and, ultimately, fallacious in the field of public discourse; and (3) consider our chances of detecting, preventing and lessening these toxic effects.

## WORK TYPE

Article

---

## ARTICLE HISTORY

Received:

31-May-2019

Accepted:

31-October-2019

Published Online:

24-November-2019

---

## ARTICLE LANGUAGE

Spanish

---

## KEYWORDS

Post-truth

Manipulation

Lying

Fallacy

Public Discourse

---

© Studia Humanitatis – Universidad de Salamanca 2020

L. Vega (✉)  
Universidad Nacional de Educación a Distancia, España  
e-mail: lvegar.academ@gmail.com

Disputatio. Philosophical Research Bulletin  
Vol. 9, No. 13, Jun. 2020, pp. 00-00  
ISSN: 2254-0601 | www.disputatio.eu

© The author(s) 2020. This work, published by Disputatio [www.disputatio.eu], is an Open Access article distributed under the terms of the *Creative Commons License* [BY-NC-ND]. The copy, distribution and public communication of this work will be according to the copyright notice (<https://disputatio.eu/info/copyright/>). For inquiries and permissions, please email: (✉) [boletin@disputatio.eu](mailto:boletin@disputatio.eu).

# Malos tiempos para el discurso público

LUIS VEGA REÑON

## §1. Introducción

**M**E PERMITO ADAPTAR EL FAMOSO TÍTULO DE BRECHT (1939): “Mal tiempo para la lírica”,<sup>1</sup> para referirme a la penosa situación actual de distorsión y desinformación en la que se encuentra nuestro discurso público. En 1943, bajo el aluvión de propaganda generado por los totalitarismos políticos y la predisposición bélica de los años 30, el filósofo e historiador de la ciencia Alexander Koyré iniciaba sus reflexiones sobre la mentira asegurando: «Nunca se ha mentido tanto como en nuestros días».<sup>2</sup> Hoy podemos comprobar que cuanto más tiempo pasa, hay más mentiras. Pero en nuestro caso no se trata simplemente de su cantidad, sino más aún de su variedad y de su calidad discursiva. Muestras de su variedad son las viejas y nuevas especies de manipulación y mentira que proliferan en un marco sociocultural de estrategias e intervenciones falaces en el discurso público hasta dar lugar a la llamada “era de la posverdad”.<sup>3</sup> Indicadoras de su calidad son la distorsión e intoxicación de la comunicación y la consiguiente desinformación que hoy padecen la formación y la expresión de la opinión pública. Asistimos, en suma, a un deterioro sustancial y progresivo del discurso público. Importa conocer sus supuestos y sus proyecciones si queremos afrontar crítica y reflexivamente este proceso.

Para ello, tras un breve repaso a las variantes más conocidas (hoax, bullshit, fake news, etc.), me centraré en su condición de modalidades de *posverdad* con tres propósitos: 1º/ declarar los diversos motivos –de orden filosófico e ideológico, sociopsicológico y tecnológico– que subyacen en su desarrollo; 2º/ denunciar su naturaleza manipuladora, mentirosa y, en definitiva, falaz en la

<sup>1</sup> “Schlechte Zeit für Lyrik”, más conocido en su versión inglesa “Bad time for poetry”.

<sup>2</sup> A. Koyré [1943, 1945], *Reflexiones sobre la mentira*, Bs. Aires; Leviatán, 2010, p. 1. Koyré también denunciaba que la comunicación de masas en ese entorno se ponía al servicio de la mentira.

<sup>3</sup> Vid. por ejemplo Jordi Ibáñez Fanés (ed.) (2017). Es una denominación que no ha dejado de parecerles a algunos trivial y a otros discutible. Pero creo que resulta una etiqueta cómoda y sugerente que, en todo caso, no se entiende en un sentido meramente temporal o sucesorio, sino como señal de un cambio de estatuto de la referencia a la verdad no tanto semántica o epistemológica como sociopolítica.

esfera del discurso público; 3º/ considerar nuestras posibilidades de detectar, prevenir y aminorar sus efectos tóxicos.

Desde luego, es bien conocida la larga historia de la manipulación y la mentira, especialmente en contextos sensibles como el sociocultural o ideológico y el político. Pero hoy adquieren una significación singular como nuevas formas de discurso falaz. Veamos, para empezar, algunos signos de estos malos tiempos.

## §2. Signos de los tiempos

El año 2016 es un año crítico por dos eventos significativos: el Brexit en junio y las elecciones presidenciales USA en noviembre. No es extraño que el neologismo *post-truth* sea la palabra del año para el *Oxford English Dictionary*. Según su definición de 2017, es un término para «referirse a, o denotar, unas circunstancias en las que los hechos objetivos influyen menos en la formación del discurso político y la opinión pública que las apelaciones a la emoción y la convicción personal». Creo que es mejor la noción de *posverdad* que ofrece el *DLE* en su actualización de 2018: «Distorsión deliberada de una realidad, que manipula creencias y opiniones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales». La versión *OED* tiene dos supuestos problemáticos: (i) la referencia a una situación antes que a una acción o interacción intencional; (ii) la elusión consiguiente de una evaluación y unas responsabilidades al respecto.

Otro signo de los tiempos es una tendencia del discurso político de la Admón. USA ya presente bajo la presidencia de Wilson y acentuada desde la presidencia de Eisenhower en los años 50. No es solo un fenómeno privativo del mundo anglosajón, aunque, como ya he sugerido, las campañas del Brexit y de la elección de Trump sean unos exponentes paradigmáticos.<sup>4</sup> Algunos rasgos distintivos podrían ser: el predominio de frases cortas y la escasez o ausencia de marcadores ilativos y conectores argumentativos; el abuso de siglas y abreviaturas; la confirmación de que el medio es el mensaje (McLuhan), en particular cuando se trata del lenguaje Twitter; el estilo asertivo que denota autoestima y confianza en sí mismo/a versus el deliberativo que invita a pensar; el lenguaje de impacto vs. el más distante y discursivo; y, en fin, la carga de la comunicación afectiva sobre la información racional: por ejemplo, confesaba Santiago Abascal en una entrevista de presentación en la sede de *La razón* (18/02/2019): «No tengo el Estado en la cabeza, pero llevo a España en el corazón».

<sup>4</sup> Vid. Keyla Jordan et al. (2018). Por lo que concierne al lenguaje político en España, en particular el empleado por el PP enredado en el jardín de la corrupción, vid. David Block (2019), ch. 3. “Political discourses, corrupt discourses”, pp. 67-118.

Hay varias señales más, pero bastará recordar dos. Una es la cultura del meme. En este contexto, un meme es una frase-imagen centelleante, una cápsula icónica idónea para la difusión viral, que obra como sucedáneo de una idea o una descripción: «Hay quienes se enteran de una noticia por su envés de coña en las redes sociales y ya no se asoman a la noticia», según denuncia *El mundo digital* (10/05/2019). La otra es la tendencia al insulto y la descalificación en la confrontación política y en el habla común que revela el éxito del *zasca* como réplica terminante de la conversación y, por lo regular, hiriente para el interlocutor –*zasca* es onomatopeya de golpe, *zas*–. Tomemos un ejemplo de Twitter. Un consultante pregunta a la RAE: «¿Por qué es correcto decir correa negra pero no lo es decir correa marrona? ¿Eso discrimina a las marronas?». Respuesta de la RAE (22/02/2019): «Hay adjetivos de dos terminaciones como rojo/a o listo/a, y otros de una como marrón o imbécil».

### §3. La nueva fauna del discurso falaz

Ya he mostrado en otras ocasiones, en particular y por extenso en *La fauna de las falacias* (2013), que las falacias son criaturas vivas y evolutivas de nuestro propio lenguaje discursivo, aunque representen las ovejas negras de la familia. Una falacia viene a ser una argumentación tóxica por sus efectos o por sus pretensiones de manipulación, confusión o engaño en el curso de nuestras interacciones discursivas: conversación, diálogo, discusión, deliberación, etc. Aquí tomaré la perspectiva de la posverdad como enfoque del discurso falaz pues parece prometedora en la consideración de los problemas relacionados con nuestras aspiraciones de detección, prevención y depuración. Pero antes veamos brevemente algunas especies relativamente nuevas o que han venido a ser especialmente depredadoras y nocivas dentro del hábitat común del discurso público.

#### 3.1. Rumor, cotilleo (*gossip*).

De uso más bien restringido en círculos sociales particulares, por ejemplo, noticias acerca de famosos en “revistas del corazón” o en espacios televisivos ad hoc.

#### 3.2. Bulo, camelo (*hoax*). Presenta dos variantes:

a/ Tiene una difusión más amplia como leyenda urbana o antaño rural: el Yeti del Himalaya, el monstruo del lago Ness, el Chupacabras, el hombre del saco o sacamantecas.

b/ Un sentido más preciso como impostura con propósitos fraudulentos.  
Muestras:

b.1. Leyendas trágicas: Los “libelos de sangre” o imputaciones a los judíos de matar o incluso crucificar niños cristianos para celebrar con su sangre la Pascua hebrea. Fue una leyenda europea de origen inglés (1173) que todavía registra en el s. XIX 39 supuestos casos de niños sacrificados. Hay una versión, digamos, tragicómica: el martirio del Sto. Niño de la Guardia (Toledo), 1491: nunca se encontró el cadáver del niño, ni al parecer existió tal criatura; pero sí tuvo pronto imaginaria sacra y su culto no dejó de alentar la primera expulsión de judíos de la Península Ibérica en 1492.

b.2. Falsificación gráfica: desde maquillajes en edición Photoshop hasta fotos trucadas durante la I Guerra del Golfo (1990-1991): cormorán empapado en petróleo; Guerra de Irak (2003): imágenes de bombardeos nocturnos sobre Bagdad en TV como luces y estelas de videojuego: la televisión, ¿un arma de distracción masiva?

b.3. Falsificación crítica, como la que provoca el “escándalo Alan Sokal”, un físico que logra la publicación y reconocimiento en una revista académica de Humanidades, *Social Text*, de su artículo (1966): “Hacia una hermenéutica transformadora de la gravedad cuántica”, que constituye un pastiche deliberado de jerga pseudocientífica posmoderna.

3.3. Charlatanería manipuladora (*bullshit*, vid. Harry G. Frankfurt 2006).<sup>5</sup>

Representa declaraciones fraudulentas o embaucadoras “sin complejos [= escrúpulos]”, al margen de la verdad o falsedad de lo declarado y, peor aún, sin mayor preocupación en este sentido. Pero no deja de responder a un propósito de persuasión, distracción o confusión, o cuando menos de influencia sobre las

<sup>5</sup> También cabe catalogar *humbug* (Black 1983) como un híbrido de *hoax* y *bullshit* o como una variante de camelo o timo manipulador más suave que *bullshit* en determinados contextos. En Michael Wreen (2013), *Some remarks on humbug and bullshit*, *Metaphilosophy*, 44/1-2, pp. 105-115, puede verse una confrontación y un análisis crítico de ambas modalidades, principalmente al hilo de Frankfurt (2006).

creencias y actitudes del auditorio. Ahora bien, su punto crítico no estriba en la inadecuación o la falsedad de lo que se dice o se sostiene, sino en el desinterés a este respecto, de modo que lo que importa no es el contenido del mensaje sino sobre todo la impresión que se trata de dar o inducir. Pueden ser ilustrativas las dos muestras siguientes:

- \* Artículo editorial de Juan Antonio Martínez. Camino, en *ABC* (17/06/2005), portavoz de la Conferencia Episcopal, “La razón del apoyo de los obispos a la manifestación” contra el reconocimiento jurídico del matrimonio homosexual: «La conducta episcopal excepcional corresponde a una situación aún más excepcional. El desafío al que se enfrenta la sociedad española con la reforma del Código Civil que se prepara, es de magnitud histórica. La Iglesia Católica nunca se ha encontrado en los dos mil años de su existencia con nada parecido». [¿Qué hay de los cismas, guerras de religión, etc.?].
- \* Palabras de Pablo Casado, en la celebración de la Fiesta Nacional del 12 de octubre, la llamada “Fiesta de la Hispanidad”, en 2018 en Málaga: «la Hispanidad rememora el hito más importante de la humanidad, solo comparable a la romanización. Es probablemente la etapa más brillante no de España, sino del hombre, junto con el imperio romano». [Sin comentarios].

### 3.4. Noticias falsas o ficticias, fabricadas (*fake news*).

Es sintomática la presentación del espacio *El intermedio*, en la cadena 6 de TV “la Sexta”: «Hasta aquí han oído las noticias. Ahora les contaremos la verdad». Desde luego, el periodismo conoce una larga tradición de prensa tendenciosa, sensacionalista y amarilla. Un célebre caso histórico nos atañe al propiciar el origen de nuestra “Guerra de Cuba” a finales del s. XIX. El *New York Journal*, de William Randolph Hearst acusó a España de intervenir en el incendio y la explosión del acorazado Maine en el puerto de La Habana en 1897. Entonces los intereses belicistas y mercantiles de Hearst triunfaron sobre las denuncias de manipulación del público por parte de sus competidores como el *New York Evening News*. Lo cierto es que no se determinaron las causas del desastre, ni hubo prueba alguna de esa presunta mano española.

La expresión admite muy diversos usos principales como los tres siguientes:

3.4.1/ Usos defensivos de desautorización, donde equivalen a paparruchas o invenciones irrelevantes, por ejemplo las descalificaciones por parte de Trump y

sus asesores de los datos y noticias de CNN, *New York Times*, etc. que le son adversas.

3.4.2/ Usos agresivos de manipulación informativa o mediática. Han sido objeto de atención y elaboración conceptual en teoría de la comunicación (vid. Axel Gelfert 2018), donde se tratan como productos comunicativos de técnicas de desinformación que aprovechan los sesgos y los heurísticos cognitivos generados en los medios de comunicación (prensa, TV, redes), por ejemplo sesgos de confirmación, identidad, polarizaciones, tópicos y frases hechas (e. g. contra el Obamacare: «Obama lies, grandma dies»), y se presentan como noticias dignas de crédito. No responden a fallos accidentales o a lagunas ocasionales, sino a un diseño deliberado y a propósitos intoxicadores y manipuladores: en definitiva, el objetivo es crear o sostener estados de opinión falsa o desinformada. Por ejemplo, sobre la invasión de las costas europeas por millones de africanos, el origen keniano y el credo musulmán de Obama o las indiscreciones de Hilary Clinton. Según ha revelado este último caso, puede haber también intenciones añadidas, como las de los hackers macedonios que sembraron de *fake news* las elecciones USA de 2016: a su propósito de “envenenar el pozo” se sumaba el interés económico en las ganancias derivadas de los anuncios que acompañaban las “noticias”. En un extremo esperan los “deepfake”, la construcción de videos que simulan y suplantán la realidad mediante algoritmos de aprendizaje REG.

3.4.3/ Hay, en fin, usos explícitamente humorísticos como los cultivados por revistas satíricas impresas (*El Jueves*) y hoy más aún digitales (*Mundo Today*, *Mongolia*).

## §4. El reino de la posverdad

Las variedades que hemos visto no constituyen especies estancas e incommunicables: hay casos híbridos y todas cuentan con denominadores comunes de género como la falsedad y la distorsión discursiva. Así pues, cabe organizar esta explosión contemporánea de especies falaces situándolas dentro del marco general que representa la *posverdad*: recordemos la definición del *DLE* avanzada al principio. Nos encontraríamos entonces con posverdades más livianas y a veces triviales, del tipo 2.1, o más serias y graves, del tipo 2.3 o 2.4, o incluso indecisas según los casos del tipo 2.2. En cualquier caso, su caracterización habitualmente informal y vaga no facilita muchas precisiones. Por otro lado, los servicios de la posverdad no se reducen a las variantes

señaladas. Además suele contar con otros recursos como el de los llamados “hechos alternativos” (*alternative facts*: expresión introducida por Kellyanne Conway, jefa de campaña de Trump, en 2016, para tratar de salvar las diferencias entre las cifras de asistencia a su toma de posesión aducidas por el entorno presidencial y los datos comprobados por fotografías aéreas, autobuses contratados, etc.). Consiste en una extrapolación relativista de la estrategia de barajar posibilidades, que discurre en la línea de los principios de Groucho Marx: «Estos son mis principios; pero, si no le gustan, tengo otros». Aquí diríamos: «Estos son los hechos; pero, si no gustan, tengo otros». Remiten a una maniobra que se ha denominado “lógica Kettle” en razón de una historia que cuenta Freud a propósito de quien, frente a la acusación de haber devuelto a su vecino una tetera o hervidor (*kettle*) averiado, se defiende en estos términos: “Te lo devuelvo en perfecto estado; aunque ya estaba averiado cuando me lo prestaste; y bueno, en realidad, ni siquiera te lo había pedido prestado”. Es la empleada por Pablo Casado ante los casos sentenciados de corrupción del PP de Madrid en el que viene militando: «Yo no puedo pedir disculpas por algo que no he vivido, ni ha pasado, ni sé si ha pasado y ni siquiera el juez ha fallado todavía» (vid. *eldiario.es*, 07/02/2019).

Pero la posverdad puede tener más interés como perspectiva crítica. Desde este punto de vista, las posverdades son expresiones que, en el ámbito del discurso público, cubren invocaciones vacuas o hipérboles ad hoc, promesas falsas, afirmaciones o negaciones infundadas. Por regla general, responden a estrategias deliberadas de distorsión que priman el impacto emotivo sobre la información veraz y conllevan un propósito falaz de manipulación, engaño o confusión, aunque no dejen de contar con una disposición *veridiforme* (o *truthiness*, término introducido en el OED, en 2017, para designar la cualidad de parecer o sentirse como verdad, aunque no lo sea precisamente).

Llegados a este punto cabe preguntarse a qué se debe su éxito.

El éxito de las estrategias falaces de posverdad responde por un lado y, por otro, revela varios y diversos motivos como los siguientes: (a) de orden filosófico e ideológico; (b) de orden cognitivo; y (c) de orden tecnológico. Ser distintos no les impide ser cómplices. Entre los motivos de tipo (a), destacan el posmodernismo (a.1), los negacionismos (a.2) y el mercantilismo (a.3). Del primero, (a.1), se ha escrito que el posmodernismo, si no el padre, «es el padrino de la posverdad» (McIntyre 2018: 159). Se trata un movimiento amplio y complejo con distintas raíces, una de ellas es la “deconstrucción” genealógica nietzscheana de la verdad como metáfora y otra asociada es la tendencia



hermenéutica a tratar la realidad bajo la forma de relato o texto;<sup>6</sup> ambas conducen a dar la primacía a las “lecturas” y la interpretación sobre el debate y el pensamiento crítico. Una víctima propiciatoria son los hechos en aras de la confusión entre dar un sentido o significado a lo que ocurre y determinar que efectivamente ocurra. Los segundos, (a.2), son formas ideológicas de negacionismo científico con cierta tradición desde mediados del siglo pasado: por ejemplo, la negación de los efectos del consumo de tabaco sobre la salud, promovida por la industria tabacalera en los años 1953-1998 sobre todo, o del calentamiento global y los combustibles fósiles a partir de 1984. Responden a intereses primordialmente económicos. Otra negación persistente y de más rancia solera es la de la evolución natural frente a la alternativa religiosa o ideológica del diseño creador o inteligente. Si en los casos anteriores el propósito era sembrar dudas, en este se trata más bien de promover una suerte de equiparación de visiones alternativas de manera que ambas, la biología evolucionista y la ideología creacionista, sean concepciones parejas y merezcan el mismo estatuto disciplinario en la escuela. Los motivos del tercer tipo, (a.3), tienen que ver con el desarrollo de la comunicación no solo de masas sino interpersonal, en la sociedad capitalista liberal, como nuevo terreno abonado para los negocios, que ha venido a pervertir la idealización ilustrada de un “mercado de ideas”.

Los motivos (b) descansan en ciertas bases de carácter psico-social como los heurísticos o anclajes de confirmación, identificación, polarización, y responden a diversas circunstancias de presión y conformidad social, inmersión en situaciones de pensamiento grupal (*groupthink*) o reducción de disonancias cognitivas. Inducen a sesgos afectivos-cognitivos, como la confirmación de una posición dada o asumida, reforzada por el desinterés o el descuido ante las pruebas en contra. Un caso notable es el razonamiento motivado, la disposición a una búsqueda selectiva de evidencias –que podría tener incluso cierto reflejo neuronal– en la línea de los propios deseos, creencias y expectativas; propicia que, por ejemplo, los espectadores de un mismo hecho deportivo o delictivo vean cosas distintas. Hay dos derivaciones especialmente relevantes del razonamiento motivado: una es la reacción contraproducente, el posible refuerzo de un sesgo existente frente a los datos y argumentos opuestos; la otra es el llamado “efecto

<sup>6</sup> A la luz de los *Fragments posthumes* de Nietzsche, editados inicialmente por Giorgio Colli y Mazzino Montinari (Berlín: Walter de Gruyter, 1967), ambas podrían alimentarse de sus ideas. Por otra parte, aunque una de las bestias negras de Nietzsche sea el crudo positivismo de los hechos, la ilustración y sus ideales racionales no dejan de ser otro blanco envuelto en su crítica “desmitificadora; en todo caso, la posverdad resuelta posmoderna en la medida en que también es o pretende ser posilustrada.

Dunning Kruger”, que da en sobrestimar la propia capacidad o habilidad de los lerdos que incurren en mayores muestras de torpeza hasta el punto de que ninguno de ellos se considera por debajo de la media a la hora de afrontar una vez más la tarea.

Los motivos de orden (c) tienen que ver con el desarrollo de la tecnología digital de los medios de información y comunicación que vienen a sustituir paulatinamente a los tradicionales, en particular al periodismo impreso o radiofónico acreditado. En el fondo todo estriba en una cuestión de confianza. Mientras la confianza o el crédito concedido a la prensa tradicional ha ido descendiendo –según un reciente informe Gallup, de un 72 % en 1976 a un 32 % en 2016–, el uso de las redes sociales como fuente de información ha ido creciendo –hasta un 62 % en 2016, de los que un 71 % son usuarios de Facebook–. Pero la influencia de las redes sociales sube de punto y llega a ser preocupante a la luz de cuatro fenómenos que suelen acompañarla en sus usos comunes y cotidianos: (1) la sustitución de criterios de aceptación razonados o, al menos razonables, por el clic “me gusta”; (2) la formación de burbujas-filtro, es decir, el confinamiento del usuario de la comunicación, a través de las redes sociales, en espacios que solo están abiertos a la información que casa con sus antecedentes establecidos de creencias y preferencias, y donde se mantiene en contacto con los que piensan de modo similar; mantiene una clara complicidad con el razonamiento motivado; (3) la concentración en “silos de noticias”, es decir, la confianza en fuentes que apoyan las creencias y satisfacen las expectativas previas y la desconfianza o el ninguneo de las contrarias –puede considerarse derivación del anterior–; (4) los algoritmos que crean cámaras de resonancia, esto es, de facilitación y refuerzo de pautas inducidas a partir del historial de uso, en las que los agentes “informados” se encierran como consecuencia de (2) y (3). Cuanto más sólido es el silo y más amplia y unánime la cámara, mayor es la “influencia” de la fuente o del emisor. Ninguno de estos fenómenos anda sobrado de pensamiento crítico o de sabiduría.

Pero de ahí no se sigue que sus consecuencias sean intrascendentes o nimias. En el terreno filosófico, el reino de la posverdad nos presenta un mundo en el que importan menos los datos documentados y las verdades objetivas que nuestras convenciones y actitudes ante ellos: lo relevante es, en último caso, “mi verdad” –postura que, en su interpretación más piadosa, confunde la verdad con la veracidad–; por lo demás, no existe un marco de juicio y de evaluación universal o neutral. En el terreno político e institucional, al desinterés y menosprecio de los hechos le suele seguir el desinterés y menosprecio de los

derechos.<sup>7</sup> El reino de la posverdad viene a mostrarse de nuevo como el reino de la arbitrariedad –oreja que asomaba en consideraciones precedentes–, motivo que ha inducido a pensar en la *posdemocracia* como secuela de la posverdad en el terreno de la filosofía política (aunque a mi juicio no está claro si este *pos-* no representaría una especie de *præ-*). La posverdad tiene, en fin, proyecciones discursivas cruciales al propiciar la manipulación y la mentira en nuestros usos del lenguaje público y sembrar de interacciones falaces el campo de la argumentación.<sup>8</sup> Detengámonos en este punto que reviste una importancia decisiva para el ejercicio y el desarrollo de nuestra madurez racional tanto personal como interpersonal y colectiva.

## §5. Estrategias discursivas falaces: manipulaciones y mentiras

Consideraré falaz en este contexto toda maniobra comunicativa torticera que pretende de modo deliberado inducir a error, engaño o confusión a los interlocutores o los destinatarios del discurso.<sup>9</sup> Una consecuencia relevante de tales estrategias en general y, en particular, de las especies del género posverdad que hemos repasado, consiste en la distorsión de la comunicación con sus secuelas de desinformación e intoxicación –hasta posiblemente el grado de epidemia– en el discurso público. Pero sus ejemplares específicos más notorios son la manipulación y la mentira en un sentido relativamente preciso que me gustaría definir.

Por **manipulación** discursiva entiendo la maniobra falaz de alguien, A, que trata de inducir a otra persona, B, a creer o hacer algo, de modo que (i) A persigue sus propios intereses que pueden no coincidir con los intereses de B [condición de *interés propio*]; (ii) los intereses y propósitos de A están ocultos o son inaccesibles para B [condición de *opacidad*]; (iii) B se ve inducido a responder en el sentido pretendido sin que medie por su parte ni advertencia ni

<sup>7</sup> En términos más categóricos se expresa Ibáñez Fanés: «el desprecio de los hechos solo puede preceder al desprecio de los derechos, y el desprecio de los derechos es ya el comienzo de la tiranía» (2017, p. 36).

<sup>8</sup> Las proyecciones mendaces y manipuladores de la posverdad pueden rebasar ampliamente los límites de la sensatez. Unas llegan a aprovecharse de los pliegues lingüísticos del discurso para sentenciar que la posverdad misma ya es de suyo mentira, un rizo metalingüístico sobre su propio vacío. Otras la consideran un arma de confusión y manipulación dentro del conflicto entre elites periodísticas legitimadas y no legitimadas, e. g. según el campanudo título de un texto de Iker Armentia, «La última pataleta cipotuda [*sic*] de las élites se llama posverdad» –citado por Marta Sanz en Ibáñez Fanés (ed.) (2017), p. 59–.

<sup>9</sup> Es una idea que hace más justicia a los *sofismas* que a los *paralogismos*, pero esta es una distinción en la que ahora no me voy a detener (vid. detalles en Vega Reñón 2013, pp. 25-30 en particular).

consentimiento [condición de *dependencia*]. En determinadas teorías, como las inspiradas por alguna forma de despotismo ilustrado, se considera admisible e incluso conveniente una manipulación bienintencionada que limita o anula la condición (i) en aras del bien del interlocutor o del bien común de todos los afectados; pero no deja de ser una manipulación, a la que cabe oponer alternativas también efectivas y más razonables, por ejemplo, la de poner a la gente en condiciones de reconocer y velar por sus propios intereses. Puede haber, sin embargo, situaciones en las que alguna de las condiciones parece casi inevitable, como en los primeros pasos de un aprendizaje, y las tres admiten desde luego grados y matizaciones. Pero sirven cuando menos para distinguir esta idea de otras solo aparentemente próximas como las de seducción discursiva y persuasión argumentativa (cf. Vega Reñón 2013, p. 117).

Una manipulación de cierto relieve en nuestro tiempo, hasta el punto de alcanzar también denominación propia, es la producción social de ignorancia que ha venido a estudiar la llamada “agnotología” (*agnotology*, vid. Robert Proctor & Linda Schiebinger (eds.), 2008). Se trata no tanto de un estado como de una construcción activa que resulta del esfuerzo concertado por parte de fuentes autorizadas (organismos gubernamentales, corporaciones profesionales, iglesias) para manipular la comprensión individual o colectiva de determinados asuntos de interés o de incidencia pública. Ciertamente se han practicado desde antiguo diversos procedimientos de censura y secretismo con distintos propósitos (económicos, sociopolíticos, religiosos y, en general, ideológicos). La relativa novedad de estos tiempos de posverdad estriba en dos reacciones no originadas pero sí generalizadas y acentuadas por la ignorancia actualmente inducida: la antiexperticia y el antiintelectualismo. Una consecuencia es el corte de la comunicación y la intermediación efectiva entre los poderes establecidos y la ciudadanía, que mal pueden suplir mediaciones espurias como la de las tertulias radiofónicas o televisivas.

El concepto de **mentira** es más problemático y su discusión cuenta con una larga y animada historia. De entrada, podemos convenir<sup>10</sup> en que su empleo no distorsiona ni destruye el lenguaje –antes bien presupone su uso gramaticalmente correcto–, sino la comunicación y el entendimiento mutuo entre los interlocutores reales o potenciales. Así pues, no se trata de un error o fallo lingüístico o de una figura retórica. Más bien, al contrario, son su corrección formal o su naturalidad las que enmascaran la intención y el fraude de la mentira. En este sentido, su empleo no aparece marcado y su efectividad es parasitaria de

<sup>10</sup> Sin ir más lejos con Wittgenstein (1953), *Investigaciones filosóficas*, §249: «Mentir es un juego de lenguaje que requiere ser aprendido como cualquier otro».

la acción comunicativa que la traslada.<sup>11</sup> Es decir, la eficacia de la mentira es lingüísticamente parasitaria pues se alimenta de ciertas implicaciones pragmáticas del acto discursivo correspondiente, e. g. de las presunciones de veracidad y sinceridad, si se trata de una aserción, o de las presunciones de compromiso y realizabilidad, cuando se trata de una promesa. También cabe suponer que su eficacia es epistémicamente parasitaria del umbral de credibilidad y confianza mutua, y de las expectativas que normalmente gobiernan nuestras interacciones informativas y discursivas. Si todo el mundo mintiera siempre, nadie se llamaría a engaño y nada obraría como mentira pues nadie sabría a fin de cuentas de qué se está hablando.

Sobre estos supuestos, adoptaré la llamada “concepción clásica” de la mentira y la concretaré en las siguientes condiciones: el que miente,

1. se dirige a alguien, por lo regular a otra u otras personas<sup>12</sup> –condición dialógica–;
2. se pronuncia en un contexto intencional acreditativo, donde lo que dice, lo dice<sup>13</sup> en serio, lo declara como digno de crédito;
3. cree que lo que dice es falso o, al menos, no cree que sea verdadero, y trata de ocultar esta disparidad entre su creencia y su declaración – condiciones de no veracidad y no sinceridad; la mentira no se opone realmente a la verdad de lo dicho<sup>14</sup> sino a la veracidad y/o la sinceridad del que dice–;

<sup>11</sup> De una ausencia de marca parecida se lamentaba Teseo en el *Hipólito* de Eurípides: «¡Ay, los mortales deberían tener una prueba clara de los amigos y un conocimiento exacto de los corazones para distinguir el verdadero amigo del falso! Todos los hombres habrían de tener dos voces: una justa y la otra como fuese, de modo que la que tiene pensamientos injustos pudiera quedar en evidencia por la justa y así no nos engañaríamos» (*l. c.*, vv. 925-931). El mentiroso es un falso amigo discursivo.

<sup>12</sup> Es problemático que una persona en plenas facultades mentales, aunque pueda engañarse, se mienta deliberadamente a sí misma

<sup>13</sup> “Decir” se toma aquí como paradigma de acción comunicativa general que no excluye el recurso a diversos medios semióticos. No en vano pensaba Umberto Eco que la semiótica puede verse como una “teoría de la mentira”, en el sentido de que «la semiótica es, en principio, *la disciplina que estudia todo lo que puede usarse para mentir*» (*Tratado de Semiótica general*, Barcelona: Lumen, 1997, p. 31, cursivas originales).

<sup>14</sup> Se puede mentir con la verdad, como, según la leyenda artúrica, perjura Iseo en su juramento sagrado o juicio de Dios acerca de sus relaciones con Tristán. Puede verse un planteamiento filosófico general de la verdad, la veracidad y la sinceridad como dimensiones discursivas en Williams (2006).

4. lo dice con la intención de que el interlocutor o destinatario crea que lo que dice es verdadero –pretensión de engaño–; aunque esta pretensión no implica en todo caso su efectivo cumplimiento, hay mentiras que no logran engañar.

La pretensión de engaño, en el marco de las condiciones 2. y 3., hace del mentir una extensión más fuerte y dañina del manipular. Esta pretensión puede revestir dos formas principales: una de orientación más bien extralingüística, que trata de manipular la información transmitida, y otra más bien metalingüística que actúa sobre la transmisión misma, con el propósito de hacer que parezca cooperativa y cumplidora de las máximas conversacionales su propia violación – la violación al menos de las reglas de veracidad y sinceridad–. Por otra parte, el engaño, como efecto perlocutivo de la acción de mentir, puede obrar bien (i) por omisión, de manera que el mentiroso deja caer o seguir en la confusión a su interlocutor o resulta cómplice de ella, bien (ii) por comisión, de manera que contribuye positivamente, sea mediante declaraciones mendaces o inductoras de confusión o error, sea mediante insinuaciones o sugerencias insidiosas que dan a entender algo sin decirlo expresamente y donde el contexto desempeña un papel fundamental.<sup>15</sup> Por lo demás, un rasgo significativo de la mentira posverdadera es procurar no solo una representación engañosa de lo referido, sino su sustitución o su suplantación explotando el poder veredictivo de las historias o imágenes publicitarias que producen “un efecto de verdad”, por ejemplo en la línea del eslogan publicitario del filme *Apocalypse now*: «Esta no es una película sobre Vietnam, es Vietnam».

## §6. Mentiras políticas

En el presente contexto tienen especial relieve las mentiras políticas puesto que nos movemos en el ámbito del discurso público. Precisamente nuestro interés actual por los usos y las modalidades de la posverdad no es ajeno a la extensa e intensa práctica de la manipulación y la mentira en el lenguaje político –cf. referencias en Block (2019)–. Pero hay muestras elocuentes de su consideración

<sup>15</sup> Hay insinuaciones insidiosas que se cubren las espaldas descansando en declaraciones expresas ciertas. Un famoso ejemplo es la historia del cuaderno de bitácora del buque *Valiant*. Se cuenta que el capitán y el primer oficial del *Valiant* discutían a menudo por la tendencia del primer oficial a embriagarse a bordo. Al fin, un buen día, el capitán, harto de esta conducta, hizo constar en el cuaderno de bitácora: “Hoy el primer oficial estaba ebrio”. Al día siguiente, tocó el turno de guardia al primer oficial quien lo aprovechó para escribir en el cuaderno: “Hoy el capitán estaba sobrio”.

y discusión bastante antes, por ejemplo en el s. XVIII, en marcos relacionados con el parlamentarismo británico y con el despotismo ilustrado continental. En el primer caso, se trata del panfleto *El arte de la mentira política*, escrito por John Arbuthnot en 1712 y publicado en 1733 a nombre de Jonathan Swift; en el segundo caso, se trata del concurso convocado por la Real Academia de Ciencias de Berlín en 1778 sobre la cuestión: *¿Es conveniente engañar al pueblo?*<sup>16</sup>. El concurso fue ganado ex aequo por los ensayos del matemático Frederick de Castillon, que defendía la respuesta afirmativa –en una línea pareja a la adoptada por el despotismo ilustrado de Federico II de Prusia–, y del jurista Rudolf Z. Becker, que vindicaba la negativa –con un espíritu más afín a la ilustración liberal de Condorcet–. Castillon se apoyaba en la naturaleza infantil del pueblo, en su carencia de preparación y en el peligro de que la información cabal provocara desórdenes y revueltas. Becker asumía, en cambio, el ideario ilustrado de alcanzar la mayoría de edad, atreverse a pensar y hacerlo por propia cuenta, amén de apelar a la relación entre la información veraz, el conocimiento y la libertad. Pero ahora sería demasiado prolijo exponer una y otra posición, como es debido, desde sus respectivas perspectivas ético-políticas, así que optaré por dar una idea a través del texto menos académico y más provocador de *El arte de la mentira política*, aunque su sentido resulte a veces incierto.

El arte de la mentira política es, para empezar, el «arte de hacer creer al pueblo falsedades saludables y hacerlo en aras de un buen fin» (Swift 2006, p. 31). Su ejercicio corresponde al gobierno. El pueblo tiene derecho a la verdad privada, i. e. en el trato con su familia y vecinos, y a la verdad económica, en sus transacciones comerciales y asuntos prácticos; pero no tiene derecho a ser instruido en la verdad del ejercicio del gobierno, como tampoco lo tiene para exigir la propiedad de grandes patrimonios, tierras o señoríos (p. 35). Ahora bien, dadas las prácticas falsarias, comunes y arraigadas en la sociedad, no solo el gobierno tiene derecho a mentir; también puede hacerlo el pueblo justamente para defenderse, llegado el caso, de las mentiras del gobierno (p. 37). Lo importante es hacerlo bien, de acuerdo con un cálculo inteligente y prudente del uso de la mentira y conforme a ciertas reglas, como las de no sobrepasar el margen de lo verosímil, no empeñarse en predicciones precisas a corto plazo, hacer mentiras de tanteo a modo de globos sonda, observar que las mentiras eficaces han de ser efímeras. Y, en suma y conclusión, la mejor manera de contrarrestar o destruir una mentira, «dada la querencia que tienen todos los

<sup>16</sup> Vid. Jonathan Swift (2006), Condorcet/Castillon/Becker (1991). No es extraño que entre finales del XVIII y principios del XIX Jeremy Bentham compusiera su pionera monografía sobre las *falacias políticas*, publicada como *Libro de las falacias políticas* en 1824.

hombres de nuestra época a creerse las mentiras», no es oponerle la verdad sino montar otra mentira que la destruya (pp. 63-65). Este último punto nos conduce a la ineludible cuestión de cómo podemos hacer frente no solo a las mentiras sino a las manipulaciones y las intervenciones falaces, en general, si la calidad y la salud del discurso público depende de nuestras posibilidades de combatir las o, al menos, desarmarlas y resistirlas.

## §7. Por qué y cómo hacer frente a las maniobras falaces

Creo que tenemos buenas razones para hacerlas frente, en particular a las mentiras. Son razones de tres tipos: (i) una razón de orden ético y personal, en la medida en que mentir, como forma de manipular, atenta contra la dignidad, autonomía y capacidad de juicio de aquel o aquellos a quienes se pretende engañar; (ii) otra de orden social, pues asimismo mina la comunicación y la confianza que constituyen nuestras bases de interrelación y entendimiento mutuo; y (iii) otra, en fin, de carácter lógico-filosófico que estriba en el absurdo de su uso sistemático o generalizado. Más aún, la estrategia que recomienda *El arte de la mentira política*, la propuesta general de combatir mentiras con mentiras, no solo sería absurda sino autodestructiva.<sup>17</sup> Imaginemos la suerte de las transacciones en un sistema económico en el que el comprador pagara con dinero falso para contrarrestar el fraude en la calidad y el precio del vendedor: la combinación de ambos supuestos destruiría y haría inviable el comercio.

Pero a pesar de estas buenas razones, la cuestión de cómo tratar y hacer frente a las intervenciones y maniobras falaces no deja de ser compleja y delicada. De entrada, conviene descartar las medidas radicales de depuración del discurso común o cotidiano que pueden tener unos efectos colaterales arrasadores similares a los del uso del DDT en la exterminación de plagas; recordemos que la argumentación falaz no deja de ser un fruto del organismo vivo que es nuestro lenguaje discursivo o, dicho en otras palabras, tanto la expresión veraz como la embustera están hechas de la misma materia lingüística. Por otra parte, también habrá que descartar medidas ingenuas como la que sostiene que las mentiras se desmienten con apelaciones a “los propios hechos”, habida cuenta de que los hechos nunca hablan de suyo o por sí mismos; antes al contrario, pueden adquirir significados distintos en diversos marcos de referencia y en variados contextos. Las mentiras no se refutan con meros hechos; tampoco, por cierto,

<sup>17</sup> Al igual que lo es la estrategia pareja que recomendaba Schopenhauer en su popular *El arte de tener razón* (publicación póstuma en 1864), consistente en recurrir a argucias falaces para prevenir y anular las maniobras ventajistas del adversario en el curso de una discusión.



con la verdad, puesto que lo que está en juego es la veracidad conforme a la condición (ii) antes declarada. En realidad, ni los hechos ni la verdad son la última palabra, porque en el discurso público no hay últimas palabras sino retazos de conversaciones. Las falacias solo se destruyen con datos o documentos contrastados y con argumentos o, más precisamente, metaargumentos que sacan a la luz sus vergüenzas discursivas, salvo quizás cuando devienen inanes y desfallecen por el paso del tiempo.<sup>18</sup>

La situación parece agravarse si reparamos en que no tenemos ningún método efectivo de prevención y detección del discurso falaz, no contamos con ningún procedimiento que nos lleve lógicamente y en un número finito de pasos a la previsión e identificación de cualquier intervención falaz en cualquier contexto. Esta carencia influye en nuestros problemas de diagnóstico de las falacias deliberadas y más aún de los paralogismos inconscientes. Y a ella vendría a sumarse nuestra relativa indeterminación teórica: aún no disponemos de *una teoría* general y sistemática de la argumentación falaz, ausencia que no pueden suplir las clasificaciones y catálogos al uso.

Pero todas estas dificultades no implican tener que renunciar a toda opción crítica y a cualquier procedimiento de combate y resistencia. Entre las opciones críticas, destacan tres que contribuyen a desarrollar nuestras habilidades discursivas y a adquirir y refinar técnicas de análisis y evaluación específicas. Una más bien elemental y básica es la formación en el llamado “pensamiento crítico [Critical Thinking]”, que cuenta con una tradición asentada en USA desde los años 40 y hoy con una amplia proyección en otros medios culturales más o menos próximos (e. g. Canadá, México, Argentina o incluso Europa); esta formación fomenta actitudes de examen y confrontación de datos y de fuentes de información, así como depara la adquisición de habilidades de análisis y de juicio crítico, y su incorporación como disposiciones mentales. Otra opción, más elaborada, es la desarrollada por los estudios de la argumentación desde los años 70-80 en sus diversas perspectivas (lingüística, lógica, dialéctica, retórica, socio-institucional); de su cultivo cabe esperar el conocimiento y dominio de recursos conceptuales y procedimientos técnicos de reconocimiento, análisis y evaluación de nuestras prácticas argumentativas, de modo que está especialmente indicado en el tratamiento lúcido de las argucias discursivas y las falacias, sean comunes o sean sofisticadas. La tercera opción supone un nivel añadido al plano de la

<sup>18</sup> Como es fácil apreciar, me estoy moviendo en un plano sintomático o fenomenológico, sin profundizar en las causas sociales o estructurales de dichas distorsiones discursivas. Pero esta contención metódica no implica ignorar las relaciones subyacentes de poder que las producen y sustentan, cuya consideración tendré que dejar para otro momento.

argumentación, ya de suyo dialógico o polilógico, en suma interactivo; representa el paso desde los actuales hábitos de comunicación masiva, por un lado, y de mediatización elitista, por otro, hasta la conversación efectivamente común y argumentativa, por ejemplo mediante la promoción de grupos y experiencias deliberativas; en este caso, se trata de poner en práctica la deliberación democrática como paradigma de discurso público.<sup>19</sup> No hace falta insistir en que no son opciones excluyentes: antes al contrario, son tanto más eficaces cuanto más conjuntas actúan.

Por otra parte, aun cuando no contemos con procedimientos metódicos efectivos de detección y prevención, sí vamos disponiendo de ciertos recursos y algunas directrices que facilitan nuestra resistencia a las manipulaciones y falacias de la posverdad en estos malos tiempos para el discurso público. Algunos de esos recursos son los proporcionados por plataformas y páginas digitales específicas como las recogidas en el Apéndice. Sería deseable que alcanzaran a tener un crecimiento parejo al de los medios de producción y difusión de especies de posverdad, aunque es difícil que lleguen a contar con los incentivos económicos y sociales de estos.

Las directrices consisten en buenos consejos que mueven, por ejemplo, a prestar atención crítica a los pretendidos “hechos” y “sucesos”, a las fechas, a las cifras y los cuadros estadísticos e incluso a las fotografías –susceptibles de contraste por búsqueda inversa desde el dispositivo de Imágenes de Google–; a investigar la procedencia de las noticias, diversificar las fuentes de información y examinar sus garantías de crédito; a desconfiar de los formatos y los titulares más enfáticos y llamativos. Cabe añadir las directrices generales del trato lúcido, inteligente y crítico con las falacias, que se pueden encontrar en diversos textos académicos.<sup>20</sup>

Pero, en fin, tan importante o más que las directrices y recursos del combate contra las falacias de la posverdad es tener claro su sentido. Combatir las falacias consiste en luchar no solo por la propia lucidez sino por la calidad del discurso público; es –digamos– velar por la calidad del aire que, en nuestra condición de

<sup>19</sup> Al hablar de “deliberación democrática” me estoy moviendo dentro del marco microdeliberativo de los grupos de debate, jurados, comités, etc.; no me refiero a las perspectivas y programas macrodeliberativas de filosofía política representadas por los ideales de la “democracia deliberativa”. Pueden verse detalles y desarrollos del paradigma de la deliberación democrática en la tercera parte de Vega Reñón (2017), pp. 68-106; y su revisión en mi ensayo (2019), “Deliberando sobre la deliberación”, de acceso libre en la red: < <https://www.academia.edu/s/d7bda7ad5b/deliberando-sobre-la-deliberacion> >.

<sup>20</sup> Para terminar con una nota de autopublicidad, remito a mi ensayo (2012): “Las falacias. Una introducción”, de acceso libre en: < <https://www.academia.edu/5541284/> >

agentes cognitivos y discursivos, respiramos. Así pues, –por emplear un lenguaje al uso–, hagamos del discurso público un ecosistema saludable de desarrollo sostenible. Es una demanda que nos interpela a todos los usuarios, todos somos responsables de su estado. Pero urge de modo especial a los usuarios que se suponen profesionales como periodistas, políticos, profesores, filósofos, juristas, etc. Por lo demás, no pide medidas extraordinarias, convocatorias solemnes ni organizaciones específicas, sino algo que es mucho más difícil tanto en el plano interpersonal como en el comunitario: mantener la atención y el cuidado de nuestras interacciones discursivas cotidianas.

## §8. Apéndice

Algunos recursos online para el chequeo de noticias:

- *www.genbeta.com*
- *Newtral.es* - contratado por el propio Facebook.
- *Miniver.org*
- *Maldita.es* [Maldito Bulo], web de verificación de datos.
- *FactChek.org* \* Red contra bulos en la campaña electoral patrocinada por Maldita y FactChek, a la que se han adherido 16 periódicos españoles (13/04/19).
- *www.trustservista.com*, plataforma de software AI para análisis de noticias online.
- *Truster New* \* Extensión de Google Chrome que se instala en el ordenador y analiza webs.
- *FirstDraftNews*: coordinación internacional de esfuerzos de verificación digital. Vid.
- < <https://firstdraftnews.org> >. Creado en 2015 con la colaboración de Google News Lab. Confluencia de medios y colaboración de profesionales de información, política y tecnología.
- AVAAZ [https://secure.avaaz.org/campaign/es/desinfo\\_form/](https://secure.avaaz.org/campaign/es/desinfo_form/)

En el examen y estudio de fotos se puede contar con: TinEye o Google reverse image search para determinar el origen; otra herramienta: Exif info (Exif: Exchangeable image file format) ayuda a detectar fotos manipuladas que intentan hacerse pasar por reales.

## REFERENCES

- BAGGINI, Julian (2017), *Breve historia de la verdad*. Barcelona: Ático de los libros, 2018.
- BETTETINI, Maria (2001), *Breve historia de la mentira*. Madrid: Cátedra, 2002.
- BLOCK, David (2019), *Post-Truth and political discourse*. Cham, CH: Palgrave Macmillan.
- CONDORCET/CASTILLON/BECKER (1991), *¿Es conveniente engañar al pueblo?* Edición de Javier de Lucas. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- DERRIDA, Jacques (1977), *Historia de la mentira: Prolegómenos*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- FRANKFURT, Harry (2005), *On Bullshit: sobre la manipulación de la verdad*. Barcelona: Paidós. 2006.
- GELFERT, Axel (2018), Fake news: A definition, *Informal Logic*, 38/1: 84-117).
- HAACK, Susan (2012), Toda la verdad y nada más que la verdad, *Doxa*, 35: 571-587.
- IBÁÑEZ FANÉS, Jordi (ed) (2017), *En la era de la posverdad. 14 ensayos*. Barcelona: Calambur.
- ILLADES, Esteban (2018), *Fake news. La nueva realidad*. Ciudad de México: Grijalbo.
- JORDAN, Kayla N. et al. (2018), Examining long-term trends in politics and culture through language of political leaders and cultural institutions, PNAS (Cambridge, MA), [www.pnas.org/cgi/doi/10.1073](http://www.pnas.org/cgi/doi/10.1073).
- LEVITIN, Daniel J. (2016), *Weaponized lies: How to think critically in the post-truth era*. New York: Dutton
- MCINTYRE, Lee (2018), *Posverdad*. Madrid: Cátedra.
- NIETZSCHE, Friedrich, VAIHINGER, Hans (1990), *Sobre verdad y mentira*. Traducción de Luis M. Valdés y Teresa Orduña. Madrid: Tecnos, 2006 5ª reimp.
- PROCTOR, Robert N. & SCHIBINGER, Londa (eds.) (2008), *Agnotology. The making and unmaking of ignorance*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- SWIFT, Jonathan (2006), *El arte de la mentira política*. Edición de Francisco Ochoa. Madrid: Sequitur.
- WILLIAMS, Bernard (2002), *Verdad y veracidad*. Barcelona: Tusquets, 2006.
- VEGA REÑÓN, Luis (2013), *La fauna de las falacias*. Madrid: Trotta.
- VEGA REÑÓN, Luis (2017) *Lógica para ciudadanos. Ensayos sobre Lógica civil*. Saarbrücken, DEU: EAE/OmniScriptum GmbH & Co.



---

NOTES ON CONTRIBUTOR

LUIS VEGA REÑÓN es catedrático emérito de la UNED. Fundador y director de la *Revista Iberoamericana de Argumentación (RIA)*. Numerosas publicaciones sobre teoría e historia de la argumentación. Los libros más recientes: (2017) *Lógica para ciudadanos. Ensayos sobre Lógica civil*, ISBN: 978-3-639-53179-4, 120 pp.; (2019) *La argumentación en la historia*, ISBN: 978-620-0-05622-1, 463 pp.

CONTACT INFORMATION

Universidad Nacional de Educación a Distancia, c/ Padilla, 37. 3º Dcha. 28006 Madrid, España. e-mail (✉): lvegar.academ@gmail.com

---

HOW TO CITE THIS ARTICLE

Vega Reñón, Luis (2020). «Malos tiempos para el discurso público». *Disputatio. Philosophical Research Bulletin* 9, no. 13: pp. 00–00.